

SELGYC

SOCIEDAD ESPAÑOLA
DE LITERATURA GENERAL
Y COMPARADA

Nuevos horizontes de la literatura comparada (Vol. 2)

LITERATURA Y NATURALEZA:
VOCES ECOCRÍTICAS EN POESÍA Y PROSA

EDITORES

Bruno Echauri Galván

Julia Ori



Nuevos horizontes de la literatura comparada (Vol. 2): Ecocrítica, 2021.

ISBN: 978-84-09-27247-1

Comité científico: Laura Arenas García, Daniel Arrieta Domínguez, Isabel Berzal Ayuso, Carlota Cattermole, Elsa del Campo Ramírez, Silvia García Hernández, Guillermo Gómez Sánchez-Ferrer, Alfonso Lombana Sánchez, Montserrat López Mújica y Lorena Silos Ribas

© de la edición: Sociedad Española de Literatura General y Comparada

© de los textos e ilustraciones: sus respectivos autores

Nuevos horizontes de la literatura comparada
(Vol. 2)

**LITERATURA Y NATURALEZA:
VOCES ECOCRÍTICAS EN POESÍA Y PROSA**

EDITORES

Bruno Echauri Galván

Julia Ori



SELGYC

SOCIEDAD ESPAÑOLA
DE LITERATURA GENERAL
Y COMPARADA

Índice

DÁMASO LÓPEZ GARCÍA	
<i>Prefacio: Ecocrítica y hoy</i>	7
AGRADECIMIENTOS	9
BRUNO ECHAURI GALVÁN Y JULIA ORI	
<i>Introducción</i>	11
AXEL GOODBODY	
<i>Cli-Fi beyond the American thriller: Cultural and aesthetic alternatives in climate change fiction since 2010</i>	19
MIGUEL GÓMEZ JIMÉNEZ	
<i>La fábula de Faetón: el valor de un mito frente al cambio climático. Una llamada de atención desde la literatura española</i>	31
CRISTINA SALCEDO GONZÁLEZ	
<i>The Bluest Eye: una lectura ecofeminista del mito de Perséfone</i>	43
MARTHA ASUNCIÓN ALONSO	
<i>De mujeres-junco y mujeres-árbol en la narrativa de Maryse Condé</i>	52
SERGIO MONTALVO MARECA	
<i>Importancia de la naturaleza en la vida y obra de Emilio Prados</i>	61
MARTA GORT PANIELLO	
<i>Sembrando palabras y escribiendo jardines: el simbolismo de la naturaleza en los cuentos de Rodoreda y Munro</i>	75
LAURA MARTÍN MORALES	
<i>Naturaleza corporizada: una visión comparativa del cuerpo y la naturaleza en Gabriela Mistral y Kathleen Raine</i>	84
MÓNICA FERNÁNDEZ JIMÉNEZ	
<i>América de T.C. Boyle, ¿una novela fronteriza?: un estudio comparativo</i>	98
JUAN ZHANG	
<i>Civilización o naturaleza: la existencia humana en Canaima</i>	108
MANUEL RODRÍGUEZ AVÍS	
<i>Un jardín de Tennyson: consideraciones en torno a la proyección identitaria sobre el mundo vegetal en El cuento de la criada, de Margaret Atwood. Una lectura ecocrítica</i>	116
EMA GALIFI	
<i>Quels fondements (géo)poétiques de l'écologie ?</i>	124
ANA BELÉN SOTO	
<i>Figures aquatiques dans le projet scriptural d'Aliona Gloukhova, un exemple de xénographies francophones</i>	137
NÚRIA VOUILLAMOZ PAJARO	
<i>Ecocrítica y Literatura Infantil y Juvenil. La naturaleza en el álbum ilustrado</i>	146
RAYMONDA NODIS	
<i>Una mirada ecocrítica en la literatura infantil y juvenil: El valor del agua de Julio Llamazares y Le révolté de Savines de Alain Surget</i>	158
AUTORES	165

Civilización o naturaleza: la existencia humana en Canaima

JUAN ZHANG

Universidad Autónoma de Madrid

juan.zhang@predoc.uam.es

Resumen

En este trabajo analizamos dos formas de la existencia humana en *Canaima*: la civilización en las ciudades de la Guayana venezolana y la comunidad indígena en la selva amazónica. En primer lugar, hacemos un cotejo de los dos recintos y las sociedades humanas en ellos. Después, a través de las figuras anti-civilización en la obra, analizamos la actitud del novelista ante la civilización moderna y la naturaleza. Por último, abordamos la posible conciliación entre la iniciativa del hombre y la fuerza de la naturaleza desde la imagen del hielo en la novela.

PALABRAS CLAVE: ciudad, selva, civilización moderna, naturaleza, conciliación.

Abstract

In this article two forms of human existence in *Canaima* are analyzed: the civilization of Guayana cities and the indigenous communities of the Amazon jungle. First of all, these two regions and the human societies living in them are compared. Then, through the anti-civilization characters in the novel, the novelist's attitudes towards modern civilization and nature are examined. Finally, the possible reconciliation between the human initiative and the natural forces will be explored based on the ice image.

KEY WORDS: city, jungle, modern civilization, nature, reconciliation.

1. Introducción

En 1935 Rómulo Gallegos publicó en Barcelona la novela *Canaima*, que fue considerada por muchos críticos como el punto culminante de la creación galleguiana¹, aunque no llegó a ser tan conocida como *Doña Bárbara*.

A diferencia de esta última, que tiene como escenario los llanos centrales de Venezuela, el novelista trasladó su mirada hacia el sureste del país y se internó en la selva amazónica. Concretamente, la historia tiene lugar en la Guayana venezolana, zona caracterizada por una biogeografía muy complicada, con grandes selvas y regada por el río Orinoco y sus múltiples afluentes. Debido a esa topografía, se han formado allí dos mundos separados y totalmente distintos: uno en las selvas, cerrado, misterioso, peligroso, con grandes espacios inexplorados, plantas y animales desconocidos, y pocos moradores indígenas esparcidos en el profundo del bosque; el otro está en las ciudades, establecidas generalmente en las desembocaduras de los ríos, donde se concentra la mayoría de la población regional, las instituciones de la administración pública y la animación comercial.

En una de las ciudades principales, Ciudad Bolívar, nació Marcos Vargas, protagonista de la novela. Vargas sintió desde pequeño una curiosidad por el mundo selvático. Cuando era mayor, tuvo la oportunidad de internarse en la selva y repitió varias veces el viaje, hasta que un día se quedó definitivamente en ella para vivir con una tribu aborigen. Sus recorridos por el ámbito urbano y el natural nos llevan a conocer la existencia humana de distintas formas, como comentaremos a continuación.

¹ Entre otros, Juan Liscano en *Rómulo Gallegos y su tiempo* (1969: 135) y Pedro Díaz Seijas en *Rómulo Gallegos: realidad y símbolo* (1967: 93).

2. Tierra de la naturaleza y tierra del hombre

A los dos mundos descritos en la novela podemos denominarlos respectivamente *tierra de la naturaleza* y *tierra del hombre*, modificando los términos que el propio Gallegos empleó en uno de sus discursos². Como sugiere esta denominación, en la tierra de la naturaleza tiene esta más poder, y es ella “la que da y la que quita, la que en última instancia hace al hombre ser como es” (Morales 1980: 100). Entonces, ¿cómo sería esta naturaleza? *Canaima* ofrece la respuesta a esta pregunta y nos presenta un mundo primitivo, como recién creado, a orillas del Orinoco.

En un silencio imponente las tierras quedan medio dormidas, abrazadas por los ríos y los manglares y despertadas de vez en cuando por el vuelo de las manadas de pájaros, el parpadeo perezoso de algún caimán o el desliz sigiloso de una canoa solitaria. Hacia la selva encontramos un laberinto tupido: “¡Árboles! ¡Árboles! ¡Árboles!... La exasperante monotonía de la variedad infinita, lo abrumador de lo múltiple y uno hasta el embrutecimiento” (Gallegos 1991: 119). Esa es la impresión que tenía Marcos Vargas sobre la selva al dirigir el grupo de los purgüeros hacia ella para la recolecta del purguo³. Monótono, infinito y embrutecedor: así es ese abismo verde. Las frondas impiden la entrada de las luces y reina siempre una penumbra sombría. Por el día imperan las fuerzas vegetales, sin trino de pájaro ni gruñido de bestia, y, al entrar la noche, se hace sentir la vida animal en un murmullo que viene del fondo del bosque, compuesto por mil rumores.

La selva es un laberinto de muerte para quienes vienen de fuera porque no están acostumbrados a un panorama de repetición infinita entre bosque y agua y fácilmente se enloquecen. Tampoco están suficientemente alerta ante los miles de peligros ocultos en ella, y pierden la vida en un abrir y cerrar de ojos. También es el territorio de algunas tribus indígenas, como esa en que se quedó al final Marcos Vargas. Así se presenta a la vista de los lectores:

La paz silenciosa, cuando los hombres se iban en sus conchas a la pesca diaria por los remansos del Ventuari y las mujeres a los conucos, acompañadas de las guarichitas que ya pudiesen ayudarlas en el laboreo de la tierra y solo quedaban por allí los viejos decrepitos, tumbados al sol de la playa o acucillados a la sombra de la churuata, inmóviles como momias o hurgándose las greñas para sacarse los piojos o rascándose las niguas –delicia del indio, éxtasis animal de la comezón provocada–, y los indiecitos de teta durmiendo dentro de sus mapires, en el suelo, al cuidado de las grullas domésticas, niñeras celosas que no permitirían que se les acercasen insectos ni serpientes, pues así se alimentarían ellas mientras defendieran los críos (Gallegos 1991: 184).

Cuando volvían del trabajo, las mujeres se encargaban de preparar las comidas para toda la comunidad, mientras los hombres se ocupaban en la fabricación de las curiaras y de las herramientas laborales. Y por las noches, la tribu al completo se sentaba junta para compartir entre todos las peripecias de cada uno a lo largo del día. Así era la vida en la selva guayanesa: primitiva, simple, compartida en común, y aislada del mundo exterior.

La tierra del hombre presenta un aspecto totalmente distinto. Las ciudades guayanesas en *Canaima* son similares a las que vivimos hoy, no tan modernas, desde luego, pero con todo tipo de agencias de servicios y lugares de comercio y entretenimiento. El único rasgo que las

² Véase “Las tierras de Dios” en *Una posición en la vida* (1954: 112-144), texto de una conferencia impartida en el Roerich Museum de Nueva York el 1 de septiembre de 1931, donde Gallegos desplegó su idea de las “tierras del hombre” y las “tierras de Dios”. Con estos conceptos se refirió, respectivamente, al mundo europeo y norteamericano, donde la civilización humana estaba bien desarrollada, y al latinoamericano, donde el hombre parecía recién creado y aún no había tenido tiempo para hacer su propia obra.

³ El purguo (o purgüo) es un árbol de la Guayana, de gran tamaño, que produce algo intermedio entre el caucho y la gutapercha llamado balatá o balata, de uso extendido en la industria. Los recolectores del líquido son llamados purgüeros.

distingue es, posiblemente, ese ambiente aventurero que reinaba en ellas, pues acudían allí exploradores, viajeros y comerciantes de todas partes del mundo atraídos por los recursos naturales en la selva, como las maderas preciosas, la goma, el oro y el diamante. Se internaban en el bosque a probar suerte y alborotaban a toda la ciudad con el relato de sus aventuras y fortuna al regresar: charlas y carcajadas ruidosas después de un largo encierro en la naturaleza callada, fiestas y parrandas sin tregua en las tabernas, los clubes y las casas de juego y ocurrencias fascinantes y tremendas del otro mundo que asombraban a la imaginación urbana.

En comparación con la selva, el medio aquí es más apacible y hospitalario, lo que permite al hombre una mayor disponibilidad en la transformación del entorno y la formación de una sociedad sustancialmente más compleja que la comunidad aborígen, complejidad derivada sobre todo del desarrollo de la ciencia y la tecnología, de la regulación legal de todas las actividades y de la extensión de los intercambios comerciales. La técnica, la ley y el comercio: estos son las tres creaciones humanas más importantes a lo largo de la evolución histórica. Los llamamos civilización moderna y representan la cristalización máxima de la intervención humana en el entorno. Mientras tanto, a la población selvática la podemos considerar como la pre-civilización, debido a su estado cerrado y natural, intacto por la civilización moderna.

En contraste, la sociedad urbana lleva una ventaja evidente sobre la indígena en el progreso material y técnico, y, para muchos, también una ventaja enorme en el desarrollo cultural. Sin embargo, el planteamiento de Gallegos en la novela parece presentar otra perspectiva y nos lleva a una reflexión más profunda sobre este último aspecto.

3. *La civilización moderna y la naturaleza*

Como hemos dicho, la técnica, la ley y el comercio nos parecen los tres factores más importantes por los que se distingue la civilización ciudadana. En este apartado estudiaremos su presencia o ausencia en los dos espacios de *Canaima* a fin de realizar un cotejo cultural de las dos sociedades presentadas en la novela.

Ante todo, reina una legalidad escrita en la ciudad, mientras que no la hay en las tribus. En efecto, una de las diferencias más destacadas entre la cultura moderna y la precolombina consiste en que la primera es de escritura mientras que la segunda es verbal, lo que marca una gran diferencia en el funcionamiento y la gestión social. En el recinto urbano se ha establecido un orden escrito. Sea en el arreglo de la justicia social o en la administración pública, siempre hay estipulaciones explícitas a las que se puede recurrir y que, en principio, son aplicadas de manera igualitaria a todos los ciudadanos.

La escritura bien puede consolidar el orden⁴, pero cuando no se corresponde con la realidad, puede causar una distorsión que tendrá consecuencias graves y duraderas. Esa ruptura entre el mundo legal-escrito y el mundo real⁵ ya tiene presencia en *Doña Bárbara*⁶ y reaparece ahora en *Canaima*, donde las leyes no siempre se aplican como deberían, dando alas a la impunidad de los criminales y a la arbitrariedad de los poderosos. El mejor ejemplo es el caso de Cholo Parima, un bandido que cometió la matanza en que murió un hermano de Marcos Vargas, y que se puso después al servicio del cacique regional: cambió de nombre, desempeñó el cargo de comisario, y prestó ayuda al amo en la conspiración contra el gobierno y en el exterminio de las personas que se atravesaban en su camino. Todos sabían de sus crímenes, pero nadie se atrevió a llevarlo ante la justicia.

4 De esta idea habla así Ángel Rama: “La Escritura poseía rigidez y permanencia, un modo autónomo que remedaba la eternidad. Estaba libre de las vicisitudes y metamorfosis de la historia pero, sobre todo, consolidaba el orden por su capacidad para expresarlo rigurosamente en el nivel cultural” (2004: 43).

5 Sobre la ruptura entre la legalidad escrita y la realidad han hablado varios estudiosos, entre otros, Carlos Fuentes (1990: 114), Roberto González Echevarría (2001: 94) y Mónica Marinone (2006: 86).

6 Se manifiesta en esta novela sobre todo en el desacuerdo entre el título de propiedad de la hacienda Altamira y la génesis indigna de ella, y también en la tergiversación de la ley del llano por doña Bárbara.

El caso de Cholo Parima es solamente la punta del iceberg de un desorden judicial que pone de manifiesto la gran brecha entre la fachada perfecta de la ley escrita y su aplicación deficiente en la tierra del hombre. Así pues, en lugar de fortalecer la justicia social, ese producto humano brindaba a veces cobertura legal para ciertos malhechores y cooperaba en la marginación de los más pobres y también de las razas indias, fuera del alcance de la ley urbana por su incomunicación con el exterior.

El orden público en la tierra de la naturaleza es justamente lo opuesto. Las tribus aborígenes disponían de hablas pero no de un sistema escriturario completo, y los conocimientos se transmitían generalmente de manera oral o en la práctica. Entonces, no tenían estatutos escritos como en la ciudad, pero contaban con una forma propia para la regulación del orden. Reinaba aquí una justicia natural, en forma de ojo por ojo y diente por diente. Quienes debían tenían que pagar. Quienes pedían tenían que devolver. Era una lógica clara como el agua y entendida por todo el mundo, y no hacía falta la mediación de las leyes o las instituciones legales para su observación. Esa idea primitiva de la justicia tuvo resonancia en Marcos Vargas, sobre todo después de comprobar “el papel enmascarado de la legalidad escrita” (Fuentes 1990: 114). En comparación con esta farsa, prefirió la justicia real aun tremenda de los indios, y por eso no le pesó moralmente el haber tomado la justicia por su propia mano matando a Cholo Parima.

En cuanto a la comercialización de la vida urbana, encontramos el ejemplo perfecto en la región Guayana, que fue involucrada en su totalidad en una red económica sofisticada de la que nadie quedaba fuera. Concurrieron aquí los capitalistas domésticos y extranjeros quienes, atraídos por el tesoro natural de la zona, se apresuraron a invertir en su explotación. Los campesinos dejaron sus tierras y vinieron a trabajar con el sueño de enriquecerse pronto; otros se metieron en la industria, proporcionando diversos servicios mediante los cuales sacaron el dinero del bolsillo de los trabajadores, y varios pueblos nacieron y perecieron por mano de una prosperidad económica que germinaba y se marchitaba cíclicamente.

Se trataba, además, de una economía basada en la explotación de los recursos tanto naturales como humanos de la región guayanesa. Se aplicaba un sistema de avance en casi todas las empresas anticipando a los trabajadores bastimentos y herramientas y cobrándoles con el caucho, la sarrapia o el oro que sacaban. A estas cosas las cotizaban normalmente, pero a aquellas las ponían un precio altísimo, explotando de este modo los frutos laborales de los peones. Muchos de estos se quedaban para siempre en la selva, otros inválidos, o con deudas que los esclavizaban para toda la vida. Trabajaban a riesgo de la vida solo para rellenar los bolsillos de los ricos, sin tener ni para dar de comer a sus hijos. Esa explotación económica se presenta intensivamente en el destino de Encarnación Damesano, uno de esos purgüeros pobres que no llegaron a salir de la selva, cuya muerte triste⁷ constituye una denuncia contra ese sistema tremendamente inicuo. Además, esa economía había producido consecuencias destructivas para el ecosistema local, porque el capital buscaba el lucro máximo y explotaba hasta que agotaba los recursos, dejando una tierra sin vitalidad y que nunca se recuperaría.

Ese desacato a la naturaleza se debe, en parte, al uso excesivo de la técnica por los hombres civilizados, lo que los aleja gradualmente de su estado natural. Olvidan lo verdaderamente esencial para la felicidad humana y les lleva a caer en una búsqueda desmedida de los materiales, convirtiéndose ellos mismos en una herramienta de esa búsqueda. Al mismo tiempo, se expande su confianza en la capacidad humana, se apartan cada día más de la naturaleza, y pierden el respeto por ella, lo que provoca conductas desenfrenadas. Tal distorsión humana se presentaba con frecuencia en la Guayana comercializada pues, sea en las áreas mineras o en las bases de las empresas caucheras, los peones robaban, engañaban, arrebataban y mataban como animales por una pepita de oro o un pedazo de purguo.

⁷ Este personaje murió por la mordedura de una cuaima en la novela, y tal planteamiento fue inspirado por la anécdota real de un cauchero guayanés llamado Julián Sequea según Efraín Subero (1991: 313).

En comparación, no había economía mercantil ni propiedad privada ni desarrollo técnico en la población selvática. En realidad, no hay mucha descripción de esta en *Canaima*, pero basta con pocos detalles para ver una organización pública “en su oposición radical con las de los Blancos y Mestizas”, según Janine Potelet (1991: 410). Se trataba de una sociedad autosuficiente en la que predominaba el concepto de colectividad y de comunidad humana, porque, como entendía Ponchopire, cacique de la tribu en que quedaba Marcos, “ni el individuo ni la familia pueden existir en sí solos ni para sí mismos” (Gallegos 1991: 188). Este constructo presenta muchas similitudes con la isla de utopía de Tomás Moro, sobre todo en la planificación de las actividades colectivas: los hombres y las mujeres cooperaban según sus habilidades en las labores diarias, ellos en quehaceres de pesca y caza y ellas en el laboreo de la tierra y la preparación de las comidas; los viejos descansaban su decrepitud en paz, y a los infantes se les dedicaba un cuidado especial para que crecieran mejor; por la noche se juntaba toda la comunidad para comunicar los acontecimientos del día, para que no hubiese experiencia de uno que no conociesen todos. En definitiva, una vida simple, igualitaria, compartida y armoniosa.

Así pues, a través del examen realizado hasta ahora, hemos podido ver las ventajas de la vida humana en la selva guayanesa y las deficiencias de la civilización moderna, a pesar del evidente desnivel material entre ellas. La segunda no siempre significa avance y superioridad, como podríamos pensar los civilizados, pues también conduce a “una situación generalizada de injusticia económica y deformación social” (Fuentes 1990: 16). Gallegos lleva esa reflexión más lejos incluso, plasmando dos figuras anti-civilización en su novela como el conde Giaffaro y Marcos Vargas, con quienes parece afirmar un rechazo de la civilización europea, representante máxima de la civilización moderna, y un retorno redentor al regazo de la naturaleza.

4. *Las figuras anti-civilización en Canaima*

No se conocía el origen del conde Giaffaro. Era un hombre misterioso, un poco raro, pero culto. Hacía unos veinte años lo habían visto por primera vez en Ciudad Bolívar y, después de una estancia corta, se fue a Europa. Los siguientes años fueron de idas y vueltas entre el viejo mundo y la Guayana venezolana. Cada vez que estaba aquí, se metía en la selva, hasta que una vez decidió quedarse y se internó en ella para no salir nunca más.

La explicación a este retraimiento en la naturaleza podemos encontrarla en esta reflexión compartida con Marcos:

Hay una porción del pensamiento que llamamos propio y que, sin embargo, solo nos pertenece como el aire que envuelve nuestro planeta: mientras lo respiramos. Siendo, por lo demás, el mismo aire que nuestro vecino acaba de expulsar de sus pulmones, con el calor de su intimidad vital, con toda la porquería que a veces, si no siempre, tiene la intimidad humana. ¡Crámelo usted! Y hay que cuidarse de ella haciéndose curas periódicas, abriéndole válvulas de escape a las inmundicias que se van acumulando dentro del alma, a fin de que no lleguen a intoxicárnosla por completo. Y para esto, joven, no hay como la selva (Gallegos 1991: 125).

Trate usted su alma –prosiguió el extranjero– como una caldera de vapor, vigile los aparatos registradores de la presión, y cuando advierta que esta pone en peligro la integridad de aquella, tire del obturador sin falsos escrúpulos y ábrale la válvula de escape al grito de Canaima (126).

Vista desde estas palabras, la selva virgen es para el conde Giaffaro un espacio de escape de las inmundicias acumuladas en el alma, que ayuda a mantener la integridad de esta. Pero ¿qué son exactamente estas inmundicias y de dónde vienen?

Ya sabemos que el forastero cuida mucho el mantenimiento de la intimidad personal. Reserva siempre sus pensamientos y guarda distancia con los demás. Pero cuando vivimos en

una sociedad moderna, estamos siempre rodeados por los ojos del otro, que nos influyen en nuestra reflexión y nos quitan la libertad de ser nosotros mismos. De este modo, el conde toma los pensamientos ajenos como las inmundicias que perjudican la integridad del alma de cada uno. En este sentido, comparte la opinión de Jean-Paul Sartre (2004 [1947]) de que “el infierno son los demás”, y defiende la independencia del ser individual.

Giaffaro huyó de Europa, continente de la civilización moderna, y buscó la libertad e integridad espiritual en el inmenso espacio natural e incontaminado por aquella. En su figura se ha contemplado una caída de los valores urbanos bajo el hechizo bárbaro de la selva, como afirma Juan Liscano:

El conde Giaffaro sería, pues, el anti-Sarmiento. Su tentativa consiste en darle espalda a la civilización, a la ciudad, para sumergirse en los pozos de su inconsciente, en la selva. Gallegos, con él, intuye en el tema de la decadencia de Occidente, del cansancio del Viejo Mundo, de la quiebra de unos valores morales cristianos, burgueses y racionalistas y de una sociedad que, pese a su liberalismo, permitió la alienación del hombre por el hombre y por la técnica (Liscano 1969: 142).

De hecho, como hemos tratado de mostrar, la alienación del hombre por el hombre era justamente lo que estaba pasando en las ciudades de *Canaima*, donde la iniquidad se sistematizaba sin dejar espacio para los esfuerzos honrados. El alejamiento de Marcos Vargas del mundo civilizado tiene el mismo motivo, es decir, deriva de la antipatía hacia la deshumanización del régimen moderno.

Situada al lado de la selva, en Ciudad Bolívar convergían los valores urbanos y los primitivos de los indígenas, y andaba Marcos tambaleándose entre los dos idearios. A pesar de su fascinación por la selva, decidió quedarse en la ciudad buscando el éxito comercial a fin de satisfacer a su madre. Sin embargo, lo que vio y experimentó le reveló la hipocresía e iniquidad de la vida urbana y le empujó definitivamente hacia la tierra de la naturaleza. En este proceso le afectaron fundamentalmente dos acontecimientos: el haber matado a Cholo Parima y la muerte del purgüero Encarnación Damesano. El primero parecía convalidar la justicia natural de los indios y, con ella, la civilización precolombina, mientras el segundo desgarró la máscara civilizada de la ciudad. Entre ambos lo llevaron a una ruptura total con los valores urbanos.

No obstante, si no podía contar con la civilización moderna, tampoco podía con las comunidades aborígenes. Después de la muerte de Damesano, lo llevaron a una fiesta indígena donde fue testigo de la degeneración total de la raza vencida que parecía no tener esperanza: incapaz de superar el trauma histórico o defenderse ante la explotación nueva, se sumergió en la tristeza y la desesperación, anestesiándose en la borrachera desmedida, la alucinación delirante y las danzas frenéticas, lo que acabó por extenuarla aún más. Al final, renunció Marcos al intento oculto de regenerar las tribus primitivas y quedó estéril su desafío al régimen moderno. Su fuga hacia la selva parece más una opción entre otras tampoco deseadas.

Así pues, por un lado está la ciudad, que se encamina hacia la técnica, la comercialización, la artificialidad, el distanciamiento de la naturaleza y la distorsión de la humanidad, y por otro la selva, con sus fuerzas salvajes, que restringe la iniciativa de los hombres y los acorrala en el primitivismo. A este respecto, Orlando Araujo señala que “los diversos conflictos que encontramos a lo largo de la novela no son sino episodios de una lucha entre lo humano y lo salvaje” (1962: 157), y los planteamientos del novelista parecen indicar que la inclinación exclusiva hacia cualquiera de esas dos tendencias conducirá al mismo resultado: la deshumanización del hombre. El imposible que supone para Marcos Vargas conseguir una reconciliación entre ellas sirve como ejemplo paradigmático en este sentido.

Frente a ese problema pendiente de resolución, preguntamos: ¿existe un punto de equilibrio entre la iniciativa del hombre y la fuerza salvaje de la naturaleza que lleve a una existencia ideal para ambos? O, como siguiendo el interrogante que plantea Carlos Fuentes, “¿[...] cómo

contestar al desafío de la naturaleza, ser con ella pero distinto a ella?” (2011: 94) Creemos que Gallegos nos ha dado una pista mediante la imagen del hielo al final de *Canaima*.

5. *La conciliación de la fuerza humana y la naturaleza en el hielo*

Fue cuando Marcos Vargas se estableció en la tribu de Ponchopire y tomó por esposa a su hermana, Aymara. Después de aprender del cacique todo lo necesario para la vida selvática, le tocó a él aportar a la comunidad sus conocimientos adquiridos en el mundo civilizado, y la primera petición que recibió fue enseñar a hacer hielo, porque fue esto lo único que había interesado al adolescente Ponchopire en su visita a Ciudad Bolívar.

Así pues, es precisamente el hielo, no otra cosa, lo que despierta la curiosidad del indio por la civilización urbana. No debemos olvidar que es también el hielo lo que aparece años después en la novela más renombrada de Gabriel García Márquez, tocado por José Arcadio Buendía como si fuera el invento más importante de su tiempo y perpetuado después en la memoria del Coronel Aureliano. No creemos que esa coincidencia en el planteamiento sea azarosa. Entonces, cabe preguntarse, ¿por qué el hielo? ¿En qué consiste su peculiaridad?

En *Cien años de soledad*, el hielo llegó a Macondo con los gitanos y, según Irene Ivón Boluda González, representa “el acabóse de la inocencia y la verdad” y el “motivo de frustraciones y desesperanzas” (1988: 11). Con él termina el sueño simple, ingenuo, mágico en que se encuentra Macondo, que despierta a un mundo real, desconocido hasta entonces, complicado y lleno de corrupción. Al final de su artículo, Boluda González concluye: “Finalmente, decimos que el hombre nace bueno, y es el advenimiento de la era irracional (que simbolizan los gitanos con sus productos culturales y sociales) la causa del mal, del único mal posible, origen de la perversión del hombre, que es naturalmente bueno” (11).

Indudablemente, el hielo en *Canaima* es también un despertar: el despertar de los hombres naturales en un mundo remodelado por la civilización moderna. Del mismo modo, el deseo del cacique de fabricar el hielo es un símbolo de “los intercambios entre una cultura tradicional y una civilización tecnológica” (Potelet 1991: 411) que al final quedan limitados por la incapacidad de Marcos Vargas.

No obstante, visto desde nuestra perspectiva, el hielo cobra aquí otro sentido, contrario a lo que infiere Boluda González de la novela del colombiano. Es decir, en vez de ser el signo del comienzo de una era irracional y desmoralizadora, representa la curiosidad de la ingenuidad aborigen por el mundo técnico después de conocer ya su crueldad e injusticia, y simboliza un posible equilibrio o reconciliación entre el estado natural del hombre y la civilización artificial que lo ha maleado con sus múltiples productos institucionales, jurídicos y sociales, como hemos podido ver en la novela. Porque, ante todo, el hielo ya existe en la naturaleza y es parte de ella, a pesar de que su existencia pueda limitarse a algunas zonas particulares y, muchas veces, a un tiempo concreto. Ahora, con la tecnología moderna, se pueden crear condiciones parecidas para que aparezca cuando y donde lo queramos, rompiendo la restricción natural. Eso es una rebeldía del hombre ante los fueros de la naturaleza, pero, al mismo tiempo, es también un acatamiento de sus formas (el ya existente hielo) y principios (aquí en particular, las consideraciones sobre la temperatura). En este sentido, el hielo representa la parte de la civilización humana que se ha congraciado con la naturaleza y, a través de él, Gallegos quizás nos señale el intervalo en que el hombre y la naturaleza pueden mostrar sus respectivas fuerzas y lograr a la vez un equilibrio beneficioso para ambos.

6. *Conclusiones*

Ambas formas de la existencia humana en *Canaima* tienen sus pros y sus contras, como hemos podido demostrar. Materialmente hablando, la vida en las ciudades guayanesas era mucho mejor que la de las tribus aborígenes en la selva amazónica. Culturalmente se había

formado en la ciudad una civilización compleja, la cual, en lugar de beneficiar a la felicidad humana, causaba a veces la deshumanización del hombre, sea por el uso excesivo de la técnica, por un sistema económico inicuo o por una legalidad escrita que no correspondía a la realidad. En cambio, esa civilización no cristalizó en la tierra de la naturaleza, y la comunidad india llevaba una vida colectiva simple y primitiva, pero igualitaria y armoniosa. Por eso, podemos afirmar a modo de conclusión que ni la imposición excesiva de la iniciativa humana ni la aproximación desmesurada a la naturaleza conducen a una existencia ideal para el hombre: con su novela, Gallegos probablemente nos ha revelado un punto de encuentro representado en la imagen del hielo, un equilibrio en el que los seres humanos podemos transformar el universo a condición de respetar sus formas y principios.

Bibliografía

- ALMOINA DE CARRERA, P., «Canaima: arquetipos ideológicos y culturales», en: Gallegos, R.: *Canaima* (edición crítica de Charles Minguet). Madrid: Colección Archivos 1991, 325-339.
- ARAUJO, O., *Lengua y creación en la obra de Rómulo Gallegos*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación 1962.
- BOLUDA GONZÁLEZ, I. I., «El hielo: Cien años de soledad», *Cuaderno Gris* 3 (1988), 10-11.
- DÍAZ SEIJAS, P., *Rómulo Gallegos: realidad y símbolo*. México: B. Costa-Amic, Editor 1967.
- FERNÁNDEZ, T., *Literatura hispanoamericana: sociedad y cultura*. Madrid: Ediciones Akal, S.A. 1998.
- FUENTES, C., *Valiente mundo nuevo. Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*. Madrid: Mondadori España, S.A. 1990.
- , *La gran novela latinoamericana*. Madrid: Santillana Ediciones Generales, S.L. 2011.
- GALLEGOS, R., *Una posición en la vida*. México: Ediciones Humanismo 1954.
- , *Canaima* (edición crítica de Charles Minguet). Madrid: Colección Archivos 1991.
- , *Doña Bárbara*. Madrid: Ediciones Cátedra 2018.
- GARCÍA MÁRQUEZ, G., *Cien años de soledad*. Madrid: Ediciones Cátedra 2006.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, R., *La voz de los maestros. Escritura y autoridad en la literatura latinoamericana moderna*. Madrid: Editorial Verbum 2001.
- LEO, U., *Rómulo Gallegos y el arte de narrar*. Caracas: Monte Ávila Editores 1984.
- LEÓN HAZERA, L. DE, *La novela de la selva hispanoamericana. Nacimiento, desarrollo y transformación. Estudios estilísticos*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo 1971.
- LISCANO, J., *Ciclo y constantes galleguianos*. México: Ediciones Humanismo 1954.
- , *Rómulo Gallegos y su tiempo*. Caracas: Monte Ávila Editores 1969.
- , «Las tres novelas mayores. Doña Bárbara, Cantaclaro y Canaima», en: Pardo I. J. / O. Sambrano Urdaneta (coord.): *Rómulo Gallegos: multivisión*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República 1986, 195-225.
- MARINONE, M., *Rómulo Gallegos. Imaginario de nación*. Mérida (Venezuela): Ediciones El otro el mismo 2006.
- MASSIANI, F., *El hombre y la naturaleza en Rómulo Gallegos*. Caracas: Monte Ávila Editores 1984.
- MORALES, A. L., «El sentimiento de la naturaleza en Gallegos», en: Díaz Seijas, P. (selección y prólogo): *Rómulo Gallegos ante la crítica*. Caracas: Monte Ávila Editores 1980, 85-110.
- POTELET, J., «Canaima, novela del indio caribe», en: Gallegos, R.: *Canaima* (edición crítica de Charles Minguet). Madrid: Colección Archivos 1991, 377-416.
- RAMA, A., *La ciudad letrada*. Santiago de Chile: Tajamar Editores Ltda. 2004.
- SARTRE, J.-P., *A puerta cerrada* (trad. Bernardoz, A.). Buenos Aires: Losada 2004 [1947].
- SUBERO, E., «Génesis de Canaima», en: R. Gallegos: *Canaima* (edición crítica de Charles Minguet). Madrid: Colección Archivos 1991, 309-316.